



*LAS DOS TIRANIAS.*

PAPEL ESCRITO EN FRANCÉS

POR *Mr. PELTIER,*

Y TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR UN SACERDOTE

*GADITANO.*

EN VALENCIA:

POR LA VIUDA DE MARTIN PERIS.

1809.



R-89.019



*El papel, cuya traduccion ofrecemos al público, se registra original en el Ambigú, Periódico que escribe en lengua Francesa, y publica en Londres Mr. Peltier. Su nombre basta para su elogio, y no hay Lector algo enterado en nuestra política moderna, que no le conozca como á uno de los mas ilustres é intrépidos defensores del trono y del altar. Desde el principio de la revolucion de Francia no ha cesado su infatigable pluma de combatir primero la perniciosa sofistería de las Asambleas, que prepararon, ó por decirlo mejor, produxeron la anarquía, despues los principios subversivos del órden social que señorearon baxo el imperio de los Clubs, y últimamente al despotismo baxo qualquier aspecto que se haya presentado desde Robespierre hasta Buonaparte. Baste decir, que este le conoce y tiene por uno de sus mas temibles enemigos, como lo acreditan las queexas con que fatigó al Gobierno Ingles contra el Autor, y el proceso que intentó se le formase en Londres, durante las treguas de*



*Amiens : quejas y proceso que la edad presente , y aun la posteridad , mirarán como el monumento mas lisongero que sea posible erigir á la gloria de Monsieur Peltier. Damos el parabien á nuestros compatriotas de que puedan procurarse las obras de un tan excelente Escritor , mediante el restablecimiento de la comunicacion con Inglaterra. Mas como no todos entienden el idioma en que las da á luz , tendremos la satisfaccion de traducir las piezas mas selectas de su Ambigú , luego que lleguen á nuestras manos sus quadernos posteriorer al número 198. como ya lo hemos practicado con algunas que se contienen en los anteriores. Aunque esta clase de trabajo sea de poco lucimiento , no por eso dexaremos de emprenderlo : pues el afecto que tenemos á la buena causa de nuestra patria nos persuade que no podemos servirla con mayor eficacia , que contribuyendo á esparcir quanto nos sea posible los escritores de uno de sus mas acérrimos campeones.*



## LAS DOS TIRANIAS.

Considerando los crímenes y aun las atrocidades de que Buonaparte se ha hecho reo á la faz del mundo, es indispensable que penetrados del dolor y de la amargura, preguntemos: ¿Cuál es, ni dónde existe aquella Nacion Francesa, que desde el momento en que pretendió conquistar la dulce libertad, creó por su debilidad y flaqueza dos tiranías, una despreciable, absurda, incalculable, revestida de las formas mas baxas, y armada de los medios mas viles; y otra sombría, pérfida, atroz, implacable en sus venganzas, y que prodiga fuera de su recinto aquella misma sangre que antes hizo correr sobre los cadalsos dentro de sus límites? Qué! La Nacion que se creía la mejor civilizada entre todas, que ejercia sobre la Europa el imperio del gusto y de la urbanidad; la Nacion que en los principios de su revolucion no hablaba sino de vengar los derechos de la humanidad; que exhortaba á los pueblos á la independenciam y á la felicidad; ¿ha venido á ser despues de su pretendida emancipacion un instrumento para su propia destruccion, y para la ruina de los otros pueblos? Ay!

No parece sino que para demostrar quán peligrosas y temibles sean las revoluciones políticas, ha querido la Providencia que todos los efectos de la grande que conmovió á la Francia, fuesen diametralmente opuestos á los que con una feliz ilusion se habia imaginado, propuesto, y prometido un pueblo preocupado y aun seducido. Quando se hablaba á los Franceses de su dignidad, obedecian á los hombres mas viles de la tierra hasta postrárseles con un respeto casi religioso. Quando hacian resonar por todas partes



los alegres cánticos de su libertad, se veían amontonados en las cárceles por un gesto equívoco, por una palabra, aun por una seña. Quando creían vindicar los sagrados derechos de la humanidad, se veían compelidos al suplicio sin causa ni juicio, y caer á millares baxo las bayonetas y los rayos de la revolucion. Quando se les queria persuadir que todos eran hermanos, se les armaba á los unos contra los otros, y se forzaba al amigo para que degollase á su amigo: los mismos soldados que salieron del seno de la Nacion se exercitaban en las execuciones mas sanguinarias y terribles, en disminuir con una rapidez horrorosa la poblacion del pais de que se les llamaba defensores: finalmente en lugar del nombre de igualdad que no se les caía de los labios, aquellos hombres que se decian los Delegados y Representantes del pueblo, exercian una autoridad arbitraria despótica, exigian unos homenajes serviles, una sumision ciega, y á pesar del verdadero y legítimo voto nacional, se mantenian en el goce de unas funciones usurpadas. Tal es el rápido aspecto de la primera tiranía.

La segunda, á saber: aquella baxo que gimen hoy la Francia y la Europa se ha establecido por ilusiones menos groseras á la verdad, pero mucho mas peligrosas, y por unos medios, que si bien no son tan provocativos, prepararon desde luego y á su primera vista las mayores catástrofes.

El Gefe exécrable que lo es en la actualidad de este despotismo tiránico, queria (él lo dixo) dar á la Nacion una paz y reposo durables, una libertad sábia, y una igualdad racional: le prometia leyes justas con una admiracion paternal: en fin, queria cicatrizar todas las llagas que dexó abiertas, y casi podridas la revolucion, realizando todas las esperanzas que la misma habia hecho nacer. La Nacion con-



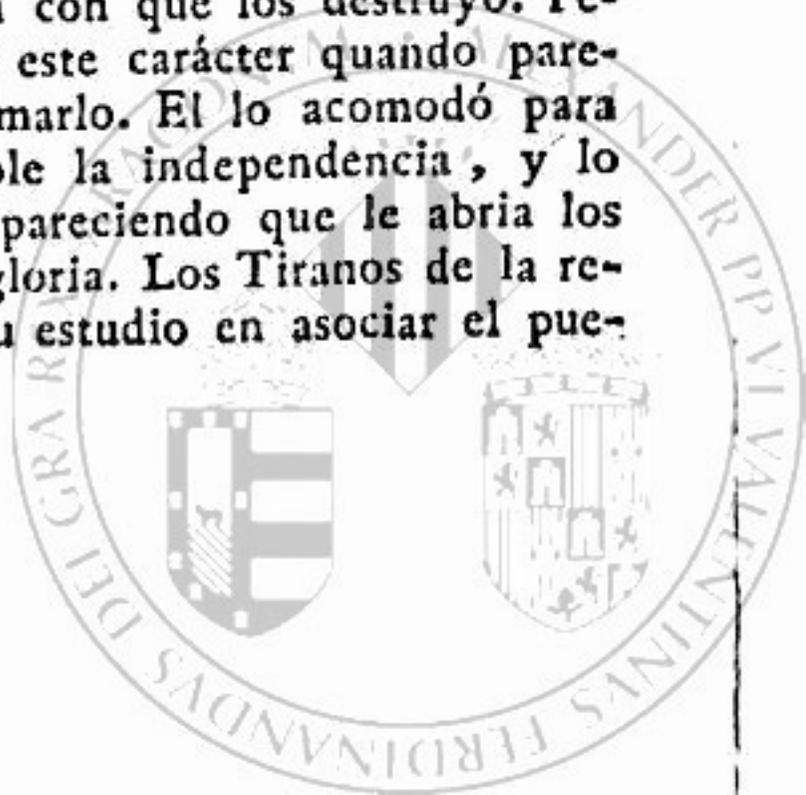
fió en estas halagüeñas, pero pérfidas promesas; se sometió al que se las ofrecía ostentando desinterés, y le entregó (como á sus tiranos Demagógicos) sus tesoros y sus hijos. En esta época se ha dexado seducir aun mas que en la primera de su esclavitud; sus males duran mas tiempo, y tendrán unas resultas mucho mas funestas.

Se le mostraron desde luego las imágenes lisongeras de la República, pero imágenes fementidas, semejantes á esos telones descoloridos que ocultan á los espectadores el triste aparato del drama sangriento, que va á representar sobre un teatro. Mientras que se disponia y avivaba la organizacion de un gobierno que la Francia no amaba, se conducian artificialmente sus consideraciones y sus votos hácia aquel, cuya pérdida tanto habia llorado: se le mostraba la posibilidad de una restauracion que debia restituirle sus leyes antiguas, y aun quizá sus antiguos Soberanos. De este modo era como se procuraba adormecer su energía, se engañaban sus deseos, y se provocaban sus sacrificios. La Nacion no tomó entonces alguna precaucion contra las tentativas del que aspiraba al poder soberano, porque las creía ridículas é impracticables; y quando esperaba ver llamar hácia el Trono á una Dinastía augusta, se vió reducida á la vergonzosa ignominia de consagrar por sus propios sufragios la elevacion de una familia extranjera, obscura, odiosa y despreciable. Entonces se desplegó este sistema, que sometiendo de un todo á los Franceses á un gobierno cruel, hipócrita y ambicioso, debia no dexarles otra cosa de las costumbres adquiridas en la revolucion, sino aquel corage violento, feroz é inhumano que emplearon contra sus enemigos; es decir, aquel valor colérico que no conoce los obstáculos ni los peligros.



Esta nueva táctica revolucionaria, este nuevo sistema de despoblacion, de terror por afuera y por adentro debia producir necesariamente mas desastres, y acumular mas ruinas y cadáveres que produjo, y acumuló una tiranía que solo habia exercido sus furrores en lo interior de la Francia, dexando casi intactas á todas las grandes Potencias de la Europa. Los Franceses pudieron ver desde luego quán vanas y pérfidas eran las promesas de restauracion con que se les seduxo: pudieron conocer que el gobierno Monárquico, cuyas instituciones se les ofrecia, dexaria de ser protector, luego que se fundase sobre la usurpacion, y se sostuviese por todos aquellos medios revolucionarios que ya habian assolado la Francia.

Con efecto, despues que se les prometió la conveniencia y comodidad de nuevos aranceles en todo género, se aumentaron sin cesar sus miserias: nuevas guerras arrancaron á la agricultura, á las ciencias y á la industria aquellos individuos, cuya utilidad reconoció aun el fanatismo de la revolucion, respetando su ocupacion y sus trabajos. La tiranía de Buonaparte ha conseguido lo que no pudo la de Robespierre. El carácter nacional se vió ajado y abatido durante el régimen del terror, pero no se habia desfigurado enteramente. Una sola circunstancia podia restituirle su energía, y era promover su elevacion. Esta energía se manifestó muy bien despues, así en el ódio que juró toda la Francia á los revolucionarios, como en la reaccion con que los destruyó. Pero Buonaparte hizo morir este carácter quando parecia que ansiaba por reanimarlo. El lo acomodó para la esclavitud prometiéndole la independencia, y lo sumergió en el oprobio, pareciendo que le abria los hermosos caminos de la gloria. Los Tiranos de la revolucion aplicaron todo su estudio en asociar el pue-



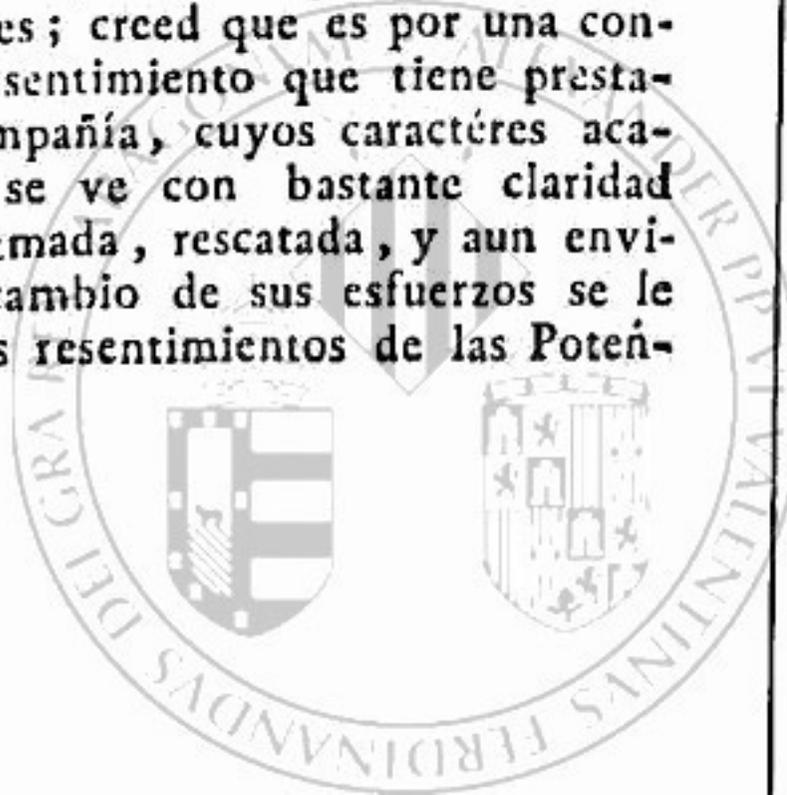
9  
blo á sus crímenes para que perdiendo la esperanza del perdón, perdiese también con ella el deseo de sujetarse otra vez á aquellas autoridades, á quienes tan cruelmente habían ultrajado. Buonaparte se ha valido de la misma táctica para que en su existencia y conservación viesan los Franceses su propia seguridad. Armándolos contra el mundo entero, los ha hecho ser un objeto de indignación y de ódio para el Universo. No les ha permitido ser generosos después de la victoria, fieles á sus tratados, ni reconocidos con los pueblos amigos: no. Convenia á sus designios que no ejerciesen piedad con los vencidos, que atravesasen los países conquistados como la llama que todo lo devora, que menospreciasen y hollasen los pactos y relaciones mas antiguas, como las obligaciones mas sagradas, y que cometiesen tan grandes ultrajes contra los pueblos amigos, como contra los que constantemente sostuvieron la guerra contra la Francia revolucionaria.

Desde el momento en que la Nación Francesa, no solamente permitió el establecimiento de este sistema atroz, sino que se prestó á ser su instrumento, debió temer para siempre los resentimientos de las Naciones, á quienes había oprimido, y creerse ligada por necesidad á los tristes resultados de una ambición que no se satisface sino con el trastorno del mundo entero. No hay pueblo alguno que no se dexé seducir quando se le ofrece la agradable perspectiva de una dominación universal, y que no se consuele en sus desgracias y sufrimientos interiores con las ilusiones y el entusiasmo de las victorias. Estos prestigios debieron influir tanto mas sobre los Franceses, quanto que la época en que vino Buonaparte á reanimar en ellos el espíritu militar, y el ardor por las conquistas, fue la en que acababan de sufrir grandes re-



veses, y veían desvanecerse cada día los frutos de sus triunfos antiguos. Este hombre que procede siempre con una actividad que todo lo mueve al rededor de sí, con una decision que somete todas las voluntades, y con una violencia que supera todos los obstáculos, ha reanimado, excitado, y atraído á esta Nacion desalentada, mostrándole que unos nuevos esfuerzos le adquirirían una gloria inmensa, una tranquilidad segura, y una paz durable. Despues de haberla así empuñado otra vez en los combates, la ha comprometido forzosamente con todos los pueblos de Europa que la miraban ya como la autora de sus males y de su esclavitud, y puesto en la necesidad de reducirlos al último grado de flaqueza y abatimiento para no tener ya que temer en lo sucesivo de su venganza.

He aquí el lazo de esa grande complicidad que forma entre Buonaparte y el pueblo Francés una especie de compañía recíproca, ó de *mancomun*, en la que el uno pone sus caudales y su sangre, y el otro no contribuye sino con su admirable fortuna, su insaciable ambicion y su atroz política. Bien pronto la destruirán los reveses y los contratiempos, y en tanto subsistirá, en quanto, ú logren victorias, ó los mismos trastornos que vaya obrando entretengan iludida su imaginacion. La Nacion Francesa pues, que interiormente gime en verdad baxo la miseria y la esclavitud, si se manifiesta no obstante en lo exterior con las costumbres crueles, audacia y ferocidad de los pueblos conquistadores; creed que es por una consecuencia del tácito consentimiento que tiene prestado á la asociacion ú compañía, cuyos caracteres acabamos de describir. Ya se ve con bastante claridad que consentirá será diezmada, rescatada, y aun envilecida, con tal que en cambio de sus esfuerzos se le ponga á cubierto de los resentimientos de las Potén-



cias de Europa, y del que le ha dado solamente victorias, en compensacion de sus enormes sacrificios.

Hasta aquí queda bien explicado como los Franceses se sometieron á una segunda tiranía, á pesar de todos los delitos que produjo la primera, y de todas las maldiciones que se atraxeron en su término. Verdad es que esta última ha progresado por medios ú grados mas hábiles, y que se vió establecida aun antes que se sospechára de su principio. Es cierto que quando se descubrió, quitándose la máscara, ya no tenia algo que manifestar. Habia oprimido al pueblo, prometiéndole leyes justas y permanentes, hizo correr la sangre só pretexto de la tranquilidad pública, y tomando el nombre sagrado de la paz, derramó la tristeza y el dolor en todas las familias. No le faltó sino declarar (quando acabó de manifestarse) que quanto habia exigido hasta allí se dirigía únicamente al provecho de un solo individuo, y á la elevacion de una nueva familia: en una palabra, haber mostrado un poco mas de desvergüenza, en vez de recurrir á medios arbitrarios, como lo hizo para disfrazarse.

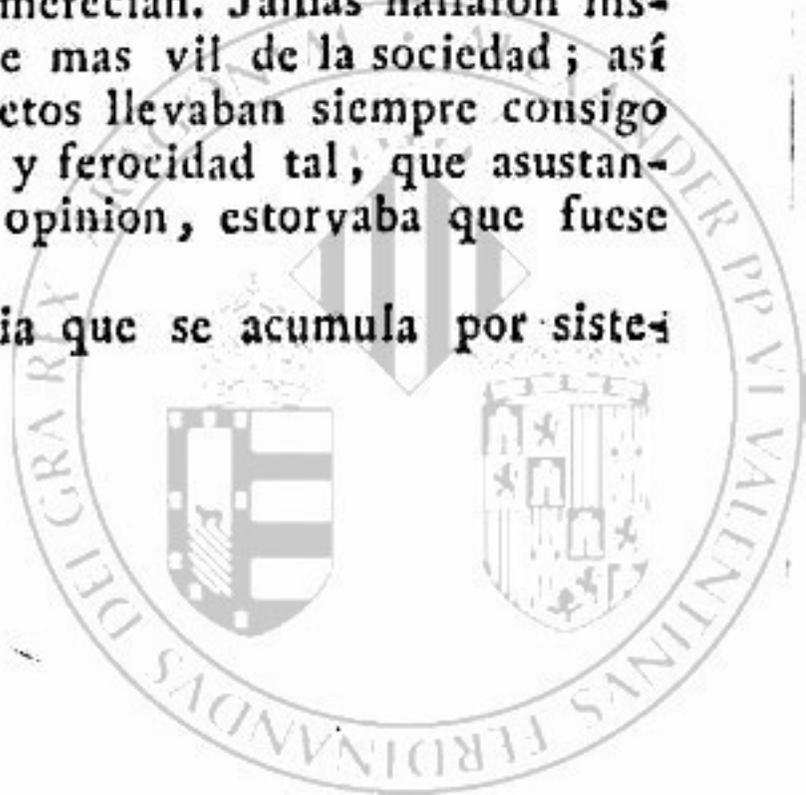
Como su origen es puramente revolucionario, no pudo ménos que presentar todos los caractéres que son propios de la tiranía Decemviral. Sin embargo, examinándolos, ú haciendo el cotejo entre una y otra, se encuentra que ésta, siendo mas revoltosa en sus execuciones, y mas ciega en elegir y aplicar los medios, no es sin embargo tan atroz y temible como la otra. La accion devoradora de la Decemviral, como que se ejercitaba contra sus enemigos, suponiéndolos instrumentos de su gloria, debia encontrar su término en el terror ó en las divisiones de los mismos que la habian organizado. La de Buonaparte por el contrario, mas firme en su concierto, mas sistemática en



sus empresas, protegida por todos los artificios de la perfidia, acompañada de todas las felicidades que dominan los espíritus, apoyada sobre la sumisión de la Francia, y la esclavitud de la Europa, y estableciendo una reacción continua entre ambas, se apoderó de las imaginaciones, y las embargó aun ántes que las sublevase por medio de su conducta calculada, y consumase sus atentados en la obscuridad de sus tinieblas. Jamás expuso al público los cadáveres de sus víctimas: los enterraba en el silencio. Nunca hizo correr la sangre sobre los cadahalsos, sino quando lo juzgó necesario para contener las conjuraciones. Buonaparte no degolló á los ancianos como Robespierre, pero les quitaba el apoyo de sus últimos dias: no inmoló á las madres ni á sus hijos del pecho, pero destinaba desde luego á los combates y á la muerte la tierna esperanza de las familias.

La tiranía Decemviral mantenía por su naturaleza una fermentación sorda que impedía al espíritu público caer en la apatía. Su acción preparaba siempre una reacción terrible é inevitable. El suplicio que las facciones decretaban continuamente á los malvados, sus discordias, y aun sus acusaciones consolaban al hombre de bien en sus desgracias, probándole cada dia que los crímenes se atraían por sí mismos las penas y los castigos. La parte sana de la Nación no era partícipe de estos horrores: los detestaba, y su silencio mostraba bien á los tiranos del pueblo quanto era el desprecio que le merecían. Jamás hallaron instrumentos sino en la clase mas vil de la sociedad; así es, que sus actas ó decretos llevaban siempre consigo una señal de ignorancia y ferocidad tal, que asustando y acobardando á la opinion, estorvaba que fuese su cómplice.

Pero esta imprudencia que se acumula por siste-



ma en los ejércitos de la nueva tiranía, esta operación regular, necesaria y combinada sobre las circunstancias del tiempo, que manifiesta con anticipación á las familias el momento de sus dolores, y á sus hijos el principio de su suplicio, estos asesinatos que se cometen en los campos, y se celebran despues con luminarias, pero estos tormentos que se hacen sufrir con misterio en la obscuridad de los castillos y fortalezas, estas víctimas que desaparecen cada dia, siendo tan peligroso averiguar su suerte, como llorar su pérdida, esta descomposición continua y progresiva de todas las costumbres, opiniones y sentimientos que formaban el carácter nacional, estas generaciones nuevas, devoradoras ó corrompidas por guerras injustas, acostumbradas á no conocer patria ni familia, á mirar como esclavos á los otros pueblos, y á todos los países como el objeto de su botin y su pillage: pero esta juventud ignorante y brutal que solo obedece al tirano, porque de él espera la señal de las conquistas y la recompensa de su valor; pero estos hombres que perseguidos baxo la primer tiranía, se horrorizaban de comprar su libertad y su vida con la esclavitud, han vendido despues su honor, consagrado sus talentos al nuevo despotismo; que todo lo han corrompido con sus exemplos, y autorizado con su nombre los decretos mas pérfidos, como las empresas mas iníquas::: todo esto, aunque es menos revolucionario á primera vista; ; no es mil veces mas horroroso que el antiguo régimen de tiranía, que se abolió quando el ciego impulso y viva efervescencia que lo produxeron llegó á tocar en el último grado de la violencia, y quando el que lo dirigía secretamente mostró sus pretensiones y se aisló con sus cómplices? Esta tiranía atravesó rápidamente por la Francia como una llama que no dexa despues de sí la corrupcion;



pero la de Buonaparte puede compararse á las avenidas ó inundaciones impetuosas de un rio que dexan tras sí sobre la superficie de la tierra, cadáveres y aguas estancadas que producen la peste.

Además de esto, la nueva tiranía tomó un carácter particular de perfidia, de corrupcion y de atrocidad desde que su direccion fue exclusiva á Buonaparte. Careciendo de la habilidad necesaria para dirigir un Gobierno que nace, y para organizar una administracion que remediase los daños pasados, llamó á su alrededor hombres ilustrados que desde luego dieron á los negocios del Gobierno una direccion sábia: pero quando separándose de sus consejos, quiso manifestarse obrando por sí solo, su altivez y su extravagancia dexaron atónitos á los mismos que se obstinaron en atribuir á su talento la revolucion que lo elevó á la altura del poder y la destreza con que dirigió la opinion hasta fixarla en sí mismo. Despues quando ya se creyó bastante poderoso y seguro para atreverse á aspirar á un título Soberano, entonces fue quando confinando de repente á los hombres sabios que habian disimulado y moderado los arrebatos y transportes de su furia, descubrió á la faz del mundo ya espantado toda la profundidad de su carácter que reúne la perfidia Italiana, y la impetuosidad Francesa con las inclinaciones sanguinarias que distinguen generalmente á los Corsos.

Toda esta época lleva consigo impresa la señal de éste su carácter horroroso. Siempre se le observa firme en los delitos que cometió para abrirse camino hasta el trono, sin que se descubra algo que anuncie su indecision, sus remordimientos, su compasion y mucho menos su arrepentimiento. El Aguila no se precipita con mayor velocidad sobre su presa, la Hiena no la destroza con mas rabia; el Tigre no le chupa



la sangre con mas delicia, que::: Está visto que solo su instinto lo ha dirigido todo, porque entre todas las criaturas humanas, solo á él corresponde y es característico proyectar lo mas funesto, y ejecutarlo con atrocidad. Absolved desde luego á sus Consejeros porque no necesita de su influxo para cometer los atentados mas enormes. El mismo hombre que escuchaba detrás de una mámpara los interrogatorios que se hacian á Moreau, se complacia en la tortura, bajo cuyos rigores falleció Pichegrú, y sin duda el monstruo que supo esconderse en la espesura de los bosques de Vincennes, quiso ser igualmente testigo del asesinato del Duque de Enghien.

Por su exáltacion al trono ni su ferocidad se ha disfrazado, ni menos disminuido, ántes bien ha crecido su audácia. Concluida la batalla de Marengo no desoló la Italia, y aun parecia que deseaba sinceramente la paz; mas entonces todavía escuchaba consejos, y sus cooperadores lograban contener las furiosas impetuosidades de su carácter. Pero despues que tomó solo las riendas del Imperio, su violencia no se ha valido de paliativos, y su perfidia ha envenenado y corrompido todas las operaciones de la administracion política. Desde entonces sus amenazas contra los pueblos, sus imprecaciones contra los Soberanos, sus Manifiestos y sus libélos de negra infamia anunciaron al mundo que comenzaba una Era del todo nueva, en la que se vería destruido quanto habian edificado y tenido por mas sagrado los anteriores siglos; en la que un feroz y brutal Conquistador, exceptuándose de quanto presta dignidad á las relaciones de los Monarcas, iria á indagar hasta en su vida privada y en sus afecciones domésticas pretextos para ultrajarlos y acusarlos delante del Universo, y en la que se complacería de sus desgracias, de su aba-



timiento y de sus lágrimas, contemplando con un placer bárbaro á esas cabezas augustas, que despojadas de su diadema, yacen expuestas á todas las tempestades de la adversidad.

No recordaremos aquí aquellos Boletines escandalosos, en que valiéndose de un pérfido artificio, confundia la relacion de algunas anedoctas de Corte, con la descripcion de las operaciones militares que consumaban la ruina de un Soberano á quien insultaba. Menos traeremos á la memoria aquellas sus expresiones de falsa y aun revoltosa piedad que prodigaba hácia el Emperador de Austria, despues de haberlo arrojado del palacio de los Césares, ni su language feroz contra la Reyna de Nápoles, ni sus alusiones contra la de Prusia, que fueron tan pérfidas como escandalosas. Todos estos incidentes del horroroso drama de que somos tristes espectadores, no son comparables á los que pertenecen exclusivamente al carácter de Buonaparte, y que ya parece deben determinar y fixar su desenlace y descubrimiento público.

Con efecto, en los sucesos del dia se manifiesta bien á las claras, y baxo todos sus horribles aspectos este hombre, castigo de los pueblos y de los Reyes, que no se parece á otro que á sí mismo, y que formando una especie separada de los seres conocidos, reúne en su persona todas las inclinaciones feroces de aquellos monstruos que solo por sus crímenes mantienen en la historia un lugar distinguido. El ha descubierto en su conducta la ciega cólera de los Tiranos populares, combinada con la hipocresía y ferocidad de los Déspotas, que en diversos tiempos deshonraron los tronos por los atentados que cometieron contra las Naciones que gobernaban. Sin esta horrosa reunion de poder físico y moral baxo que los hombres se humillan tanto, como si se desplomasen



sobre sus espaldas todas las ruinas del mundo, nunca hubiera podido él solo ser el heredero de las conquistas de una anarquía revolucionaria, ni fixar en su mano la fuerza monstruosa que ha criado. Esta anarquía en su accion divergente y en su progreso irregular hizo únicamente sus estragos en el seno de la Francia sin tocar apenas á los otros pueblos. Mas la tiranía que se ha suscitado despues, esparció sobre las Naciones los desastres que aquella limitó á las familias, y comunicó al órden social todo entero el sacudimiento que la otra no introduxo sino en una sola Monarquía.

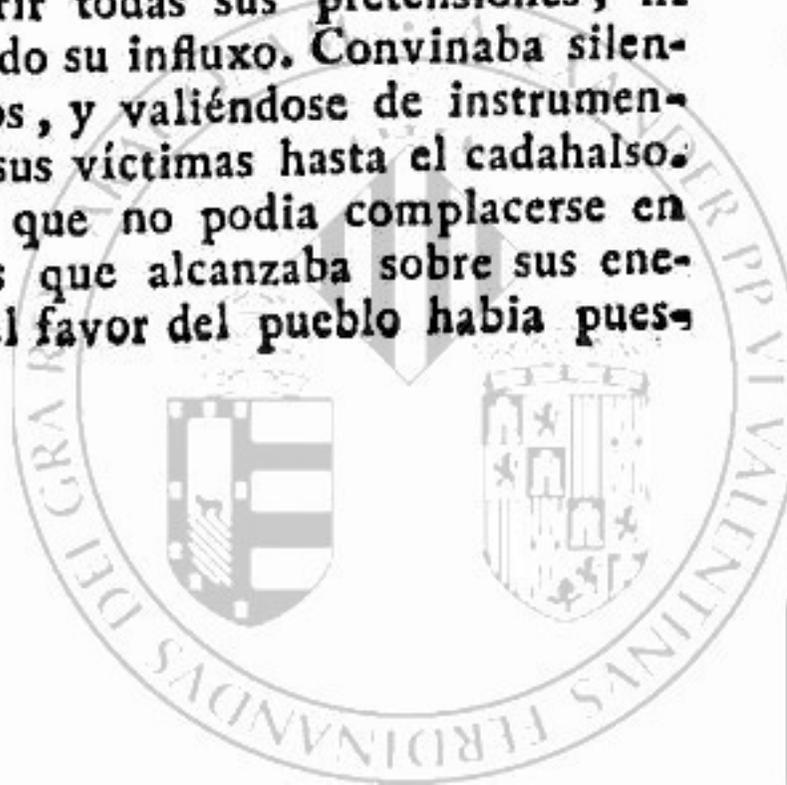
Así que, desde el punto en que apareció Buonaparte, reynó como el Genio del mal: se agitó, y todo el Universo se ha estremecido. Su respiracion produjo la corrupcion, y su presencia ha traído consigo la muerte. Su imperio se estableció sin oposicion, y se engrandeció progresivamente sin necesidad de alguno de aquellos grandes esfuerzos que ordinariamente destronan á los Soberanos, y subyugan sus Estados. Cada una de sus combinaciones ha sido la preparacion de una gran catástrofe política, y un solo movimiento suyo las ha consumado. El ha corrido todas las distancias con la rapidez del relámpago: quando se le creía estar aun en su Capital, ya era vecino de los yelos del Polo, y á la manera de un rayo, entonces hería, quando aun parecia que sonaba á lo léjos.

Toda esta actividad, esta energía, todo este poder no son obras suyas sin embargo. Solo ha sido un agente de las comociones que dirigía, como si fuera su Autor. Ni él fue el que levantó aquellas grandes masas de que disponia con tanta celeridad como precision, ni tampoco el que animaba aquel ardor que se propagaba hasta tan léjos, como si fuese un fue-



go devorador. Todos estos elementos de destrucción existieron ántes que él. Buonaparte no hizo mas que comunicarles mayor violencia reuniéndolos, y mas eficacia dándoles una direccion excéntrica. Mientras que el espíritu de revolucion encontró pábulo en el seno de la Francia, tuvo esta menos extension fuera de sus límites: pero quando el desfallecimiento de la Nación no pudo ya permitir nuevas discordias, ni asesinatos, entonces se introduxeron en Europa baxo aspectos menos revolucionarios, pero mas Monárquicos las catástrofes que habian procurado establecer, aunque en vano, los principios de la Demogagia.

En esta nueva situacion de la revolucion Francesa disfrutó Buonaparte un lugar igual al que Robespierre habia obtenido en la época antecedente. Este extravió la opinion por los sangrientos reveses que sufrió la igualdad social, y aquel la engañó con los prestigios del restablecimiento de la Monarquía. Pero aunque Buonaparte aparezca mas poderoso que su predecesor, aunque sus hazañas y delitos sean mas patentes, y aunque se conciba tener menos cómplices ó distar mucho de sus designios; hay sin embargo una muy grande paridad entre el origen y naturaleza del influxo que tuvieron ambos, así como no la habrá menor entre sus términos ó destinos. La diferencia de los papeles que han representado uno y otro, nace de la diversidad de circunstancias en que se ha hallado cada uno. Robespierre cercado de sus cómplices no podia descubrir todas sus pretensiones, ni exercer abiertamente todo su influxo. Convinaba silenciosamente sus atentados, y valiéndose de instrumentos secretos, conducia sus víctimas hasta el cadahalso. Era tal su situacion, que no podia complacerse en público de los triunfos que alcanzaba sobre sus enemigos, ni de los que el favor del pueblo habia pues-



to en sus manos. Si bien comunicó á su época la divisa de su carácter atrabiliario y fria crueldad; tambien es cierto que baxo otra direccion no hubiera sido menos horrible ni menos sangrienta. Por el contrario, Buonaparte que se veia destinado á reunir contra las Naciones aquellas fuerzas divididas de que los revolucionarios dispusieron contra el pueblo Frances, no ha podido sostenerse sino aislándose con ellas, ni engrandecerse sino por el esplendor y magnificencia de que se ha rodeado.

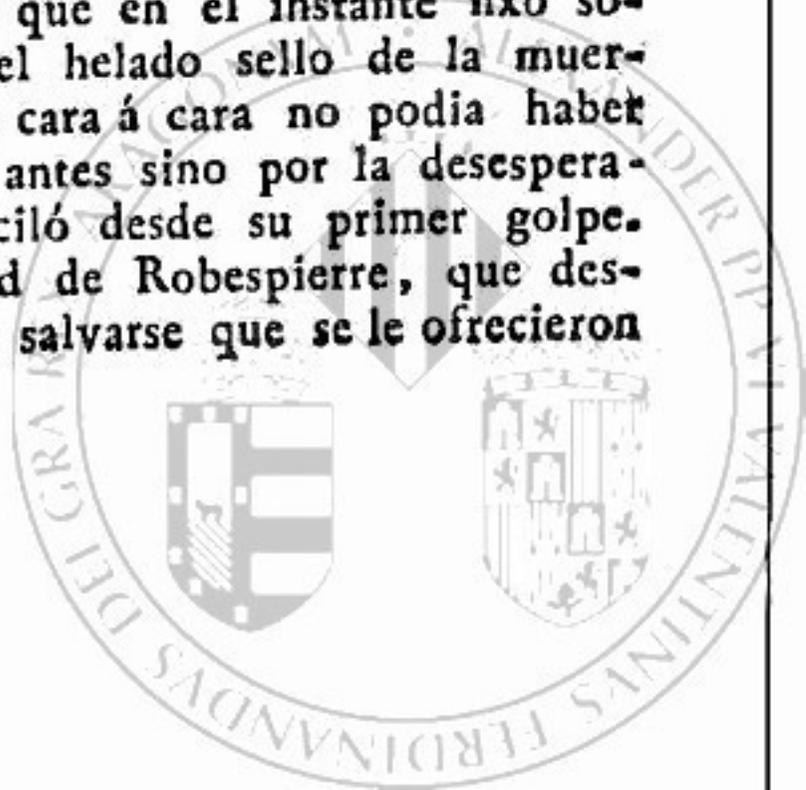
No obstante, el carácter de la revolucion Francesa ha sido tal; que en el momento en que los hombres que ella exáltó, quisieron sujetar á su cálculo y dirigir por su impulso aquel movimiento que la prudencia humana no puede reglar, ni menos detener; en él mismo fueron destruidos con tanta prontitud como violencia. Así es que sus progresos fueron por mucho tiempo análogos á su tendencia: asombraron al mundo por su audacia y felicidad, pero quando quisieron salir del torbellino que los arrastraba, ya para disminuir su actividad ó bien para fixar su direccion, se extraviaron hácia una senda desconocida en la qual solamente han mostrado su irresolucion, su pavor y su insuficiencia. Verdad es que su violencia natural ha progresado debiendo su incremento á las pasiones y á los desórdenes, pero el daño que estos atentados han hecho, no puede repararse con otros atentados: y así es evidente que la gran conmocion que es ya precisa para regenerar el mundo, ni podia estorbarse y menos contenerse por unas manos sacrílegas, ni tampoco producirá algun efecto por la elevacion de los malvados que tanto han contribuido á su principio.

Prescindiendo de los terribles exemplos que pudiéramos citar aquí para confirmar esta doctrina, ci-



ñámonos á exâminar si en el punto á que Buonaparte ha llegado, ofrece ya síntomas de declinacion: veamos si ha agotado los favores de la fortuna, y considerémos si livelando su carácter con el impulso que le dió su elevacion, no está ya expuesto á ser destruido por él mismo.

A la verdad, luego que Robespierre quiso recoger y gozar el fruto de su larga hipocresía, y de sus horribles crímenes, quiso (y lo procuró) deshacerse de sus cómplices é instrumentos, y reunirse á aquel mismo partido, á quien antes había ultrajado y perseguido con tanta crueldad. Tales fueron entonces los primeros síntomas de la caida de su tenebrosa tiranía que debia vacilar apenas se mostrase. Con efecto, creyendo desentenderse de sus rivales, perdió sus verdaderos apoyos. Quando los revolucionarios vieron que su inquietud sombría les preparaba las mismas proscripciones, que las en que ellos habian envuelto á sus propios enemigos, concibieron al punto que su independenciam consistia en la caida de aquel Tirano y su seguridad en su muerte. Los que se veían mas inmediatamente amenazados de sus venganzas, encontraron menos peligro en atacarlo, que en una apatía que los entregase á los golpes de su ira. De hecho, lo acusaron al punto. ¡Quánto no debieron admirarse de aquel pavor, que repentinamente derramó en su corazon esta tentativa, de aquellos sus discursos ya desordenados, sin conexión y sin objeto, y de aquel presentimiento que en el instante fixó sobre todos sus sentidos el helado sello de la muerte! La idea de atacarlo cara á cara no podia haber sido inspirada una hora antes sino por la desesperacion, y sin embargo vaciló desde su primer golpe. Aun fue tal la fatalidad de Robespierre, que despreciando los medios de salvarse que se le ofrecieron



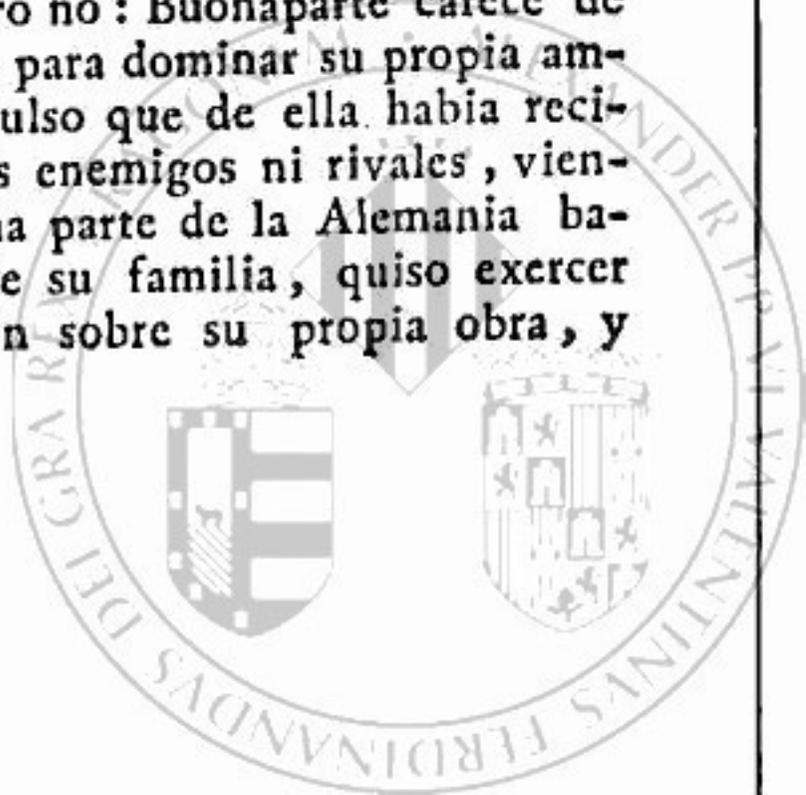
en multitud; comunicó su turbacion á sus feroces partidarios, y los arrebató á todos á una venganza, de que él fue la víctima. Pocas horas bastaron para suscitar una revolucion tan grande. En el momento la memoria de este monstruo se cubrió de la exècracion de la Francia, y de las imprecaciones de sus mismos cómplices. Estos atribuyeron á su influxo sus propios crímenes, y los Franceses excusaron su cobardía por su tiranía. Tal ha sido el fin de la de Robespierre que fue la primera. Veamos ahora si la segunda no se halla arrebatada de un vértigo igual al que produjo la caída de la primera, y si no poniendo límites á su ambicion, ni freno á su violencia; si en destruyendo sus propios apoyos, y si provocando resistencias enérgicas y casi desesperadas, por medio de empresas tan insensatas como atroces, no se prepara ella misma su ruina.

A la verdad, el mismo principio que ha producido en tan corto tiempo el poder colosal de Buonaparte, debe hacerlo declinar con rapidez. Una actividad formidable lo atormenta de continuo, y lo arrastra á una progresion de tentativas que la destruirán luego que éstas ya no sean necesarias para su engrandecimiento. Admira la inquietud que incesantemente lo agita, siendo quizá tan hija de su poder como de su genio. Es un resorte de un inmenso efecto que puesto en una accion rápida y continua, debe perder toda su elasticidad, y quebrarse quando se le contenga. El reposo es tan contrario á este poder, como que en los tiempos de su paz aparente es quanto fatigó mas á la Europa, levantando unos tronos, destruyendo otros, y transfiriendo Naciones enteras al dominio de unos Soberanos, que les eran desconocidos y extrangeros. Quando el Austria se vió humillada, vencida la Prusia, y engañada ó seducida



la Rusia, se preguntaba entre los Políticos, si sería este el momento en que Buonaparte fixando los resultados de sus triunfos sabría dar y daría algunos años de tranquilidad al mundo.

Efectivamente, la ambicion mas extravagante se habria satisfecho con el goze de una fortuna tanto mas inesperada y desconocida, como que ningun mortal la ha disfrutado semejante. Si despues que la revolucion puso á Buonaparte al frente del gobierno de Francia, hubiera presentido el papel que podia representar en lo sucesivo; (no tememos decirlo) jamás hubiera imaginado representarlo en toda la extension que le han concedido unas circunstancias extraordinarias. El pudo soñar á lo mas, y consentirse en que vestiría la púrpura Real, pero aun en medio de esta embriaguez ó delirio, ni sus deseos ni su esperanza pudieron caminar mas léjos. La idea de coronar á todos los individuos de su familia no le pudo ocurrir sino por la presencia de unos acontecimientos que él mismo no esperaba, á saber: por el abatimiento á que reduxo á la mayor parte de los Soberanos del Continente. Si hubiese tenido sabiduría, y si su prevision hubiera preparado qualquiera de los sucesos que lo elevaron á tan alto poder; se hubiera contenido y parado despues de tantos triunfos, y cumplido á la Francia, ya lánguida, las magníficas promesas con que la seduxo, dando algun descanso á sus Exércitos y Generales, á quienes á tenido hasta de presente en un movimiento continuo. Pero no: Buonaparte carece de aquella fortaleza necesaria para dominar su propia ambicion y contener el impulso que de ella habia recibido. No teniendo ya mas enemigos ni rivales, viendo á toda la Italia, y una parte de la Alemania bajo el gobierno de los de su familia, quiso exercer su instinto de destruccion sobre su propia obra, y



precipitar con imprudencia catástrofes que eran inútiles aun para consolidar su autoridad. Insensible á lo que ya habia adquirido, y no considerando sino lo que podria conquistar aun; se dió prisa á apoderarse de todas aquellas presas que sabia no le serian disputadas por alguno. Así que despojó á la Reyna de Etruria de los mismos Estados que él le habia dado, haciendo desaparecer este Reyno que él mismo modeló.

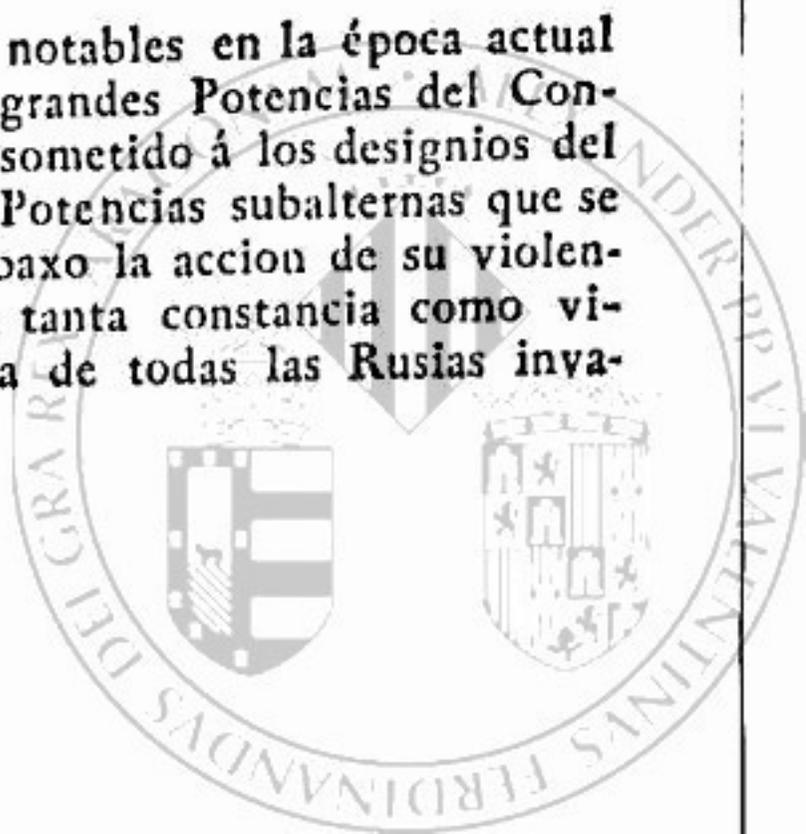
Pero no es esto todo, llegó su frenesí hasta destruir aquella misma autoridad cuyo influxo reclamó para consagrar su usurpacion::: Tenemos bien presentes las engañadoras promesas y pérfidas ilusiones con que atraxo á París al Gefe de la Iglesia, y logró obtener de su mano una Acta que llenó de asombro y cubrió de amargura á toda la cristiandad. Un extraordinario silencio se observó generalmente sobre este punto. Los que dudaban de ella, se abstuvieron de discutirla; los que la creian ilegítima, no se atrevieron á expresar una opinion que le era contraria: en fin todos esperaban que por uno de estos acontecimientos inesperados de que se vale la providencia para ilustrar á los hombres, la opinion incierta tuviese un punto de apoyo y reunion, quando he aquí que el mismo Buonaparte se encargó de descubrir toda la intriga de que Su Santidad fue la víctima y de mostrar á todo el mundo los artificios y violencias con que obtuvo una sancion tan respetable en favor de una usurpacion tan odiosa.

Quando exâminamos los incidentes de este lamentable episodio, no podemos menos que enternecernos hasta lo sumo observando la multitud de ultrages que se han prodigado sobre un anciano sin defensa, rodeado del respeto de las naciones y de las ideas y recuerdos mas sagrados y venerables. Si alguno debia interesarse en conservar á este Principe su pompa so-



berana, era sin duda aquel que le era deudor absoluta y exclusivamente del lustre y magnificencia con que brilló aquella solemnidad en que ciñó á su frente la corona de los Borbones. Pero no: convenia que si el Santo Padre cedió entonces á falsas consideraciones ó á terrores funestos, Buonaparte mismo le disipase el prestigio con que su condescendencia inocente coronó una cabeza criminal, y las nubes que obscurecian al parecer la santa aureola del Gefe de la Iglesia. Así se ha verificado. Buonaparte cuya industria artificiosa logró tener á su favor para paliar su usurpacion una autoridad que le conciliase una gran parte de los Católicos, es el mismo que la persigue y destruye, castigándole los mismos dones que hubo recibido de su mano. Si al ver la desolacion que cunde y se extiende sobre la tierra, si al oír los suspiros y gemidos de las Naciones, y si al contemplar por último las miserias y abatimiento en que yacen los Soberanos vencidos ó destronados, el Santo Padre llora amargamente (como no lo dudamos) la parte que ha tenido su deferencia sencilla en el entronizamiento de este monstruo, queda bien absuelto y purificado por la energía que ha mostrado en la lucha que acaba de sostener, y en la que ha desplegado á la faz del mundo todo el valor que inspiran la religion y la justicia para oponerse á un salteador, que por sus robos y atrocidades dispone de las fuerzas de media Europa.

Una de las cosas mas notables en la época actual es la facilidad con que las grandes Potencias del Continente se han prestado ú sometido á los designios del Usurpador, mientras las Potencias subalternas que se hallaban inmediatamente baxo la accion de su violencia, le han resistido con tanta constancia como vigor. Así que el Autocrata de todas las Rusias inva-



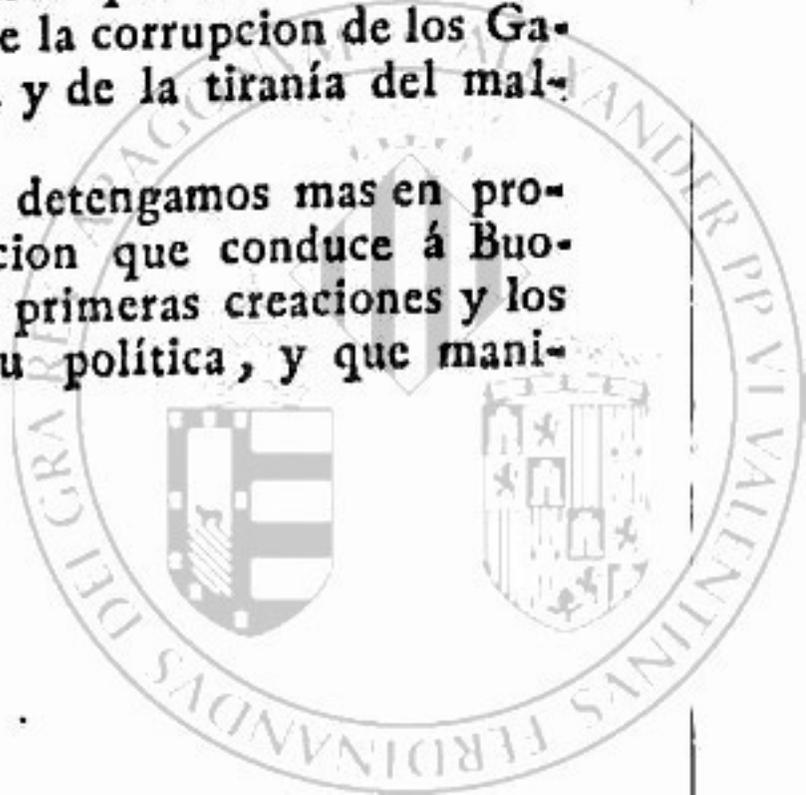
dió los Estados de un Soberano legítimo cooperando á las venganzas de Buonaparte, al mismo tiempo que un Obispo enfermo, casi octogenario, sin mas defensores que unos pocos soldados destinados mas bien á indicar la soberanía, que á sostenerla, se expone sin miedo á su cólera, y la resiste, aunque se halle bajo su poder, y aunque el Vaticano se viese allanado por una soldadesca furiosa y desenfrenada. La Providencia parece ha querido denotar en esto, que en vano unirán los hombres sus fuerzas, las Potencias sus exércitos, y los Gabinetes sus cálculos para destruir á este formidable agente de sus profundos designios, sino que quando llegue su hora, un débil obstáculo, y una resistencia imprevista bastan para arruinarle; y entonces semejante á la materia del rayo, no dexará en pos de sí otra cosa, que un residuo miserable sin calor y casi sin substancia.

Pero de qualquier modo, las Naciones Católicas mirarán con asombro esta brutalidad que ha violado el Santuario, desterrado sus Cardenales, y que aun mas impaciente que el sepulcro que llamaba á tantos Prelados ya agoviados, y próximos á la tumba, ultrajó sus últimos instantes, y se apoderó de sus heredades quando apenas les quedaba un soplo de vida. Todos estos ancianos respetables acaso no sean todavía ni aun los tristes testigos de un tan grande atentado: tendidos sus cadáveres sobre el ataud, puede ser llegue un dia en que no haya quien los levante de la tierra consagrada para transportarlos á otros paises. No lo dudeis. ¿Por ventura Buonaparte sabe vacilar un momento quando cree necesario cometer un delito? Sabe ni aun diferirlo, quando le conviene disfrutar sus conseqüencias? Con este objeto, ¿no debe él ultrajar á la vez todo lo que hay de mas sagrado entre los hombres, y despojarlos de quanto les sea



mas amable? Animado de estos principios, ¿no es preciso que sus atentados lleven consigo tales caracteres de violencia, de ferocidad y de infamia, que destruyan al primer aspecto todas las facultades morales y políticas de los que son ó sus testigos ó sus víctimas? Sin esta conducta, ¿podria ser él (como lo es) el torrente mas terrible que hasta ahora ha desolado el mundo, el monstruo mas odioso y atroz entre todos los que hasta de presente han servido de castigo al género humano? Ay! ¿Cuál será la suerte de aquellos desgraciados Sacerdotes que fueron arrancados con fiereza de los altares que sus trémulas manos tenian abrazados? ¿Cuál el destino de su venerable Gefe en medio de los bárbaros que han invadido su Palacio, desarmado sus tropas, que castigan con la muerte la fidelidad que se atreve á sobrevivir á tantos desastres, y que por mas que se le separa de sus ministerios, no se cree libre de sus juramentos?::: La pompa de las santas ceremonias ha desaparecido ante el luto y tristeza que ya cubre á la Iglesia; los cánticos solemnes se han trocado en suspiros y lamentos; el Sucesor de San Pedro ya no levanta al cielo sino unas manos cargadas de cadenas; los Cardenales gimen en el destierro; la cristiandad toda se ve sumergida en lo mas profundo del sufrimiento ::: Creamos que estos son los síntomas de una catástrofe que regenerará el mundo, destruyendo á su Usurpador: creamos que las Naciones del Continente serán vengadas de la corrupcion de los Gabinetes que las han vendido, y de la tiranía del malvado que las oprime.

A la verdad, sin que nos detengamos mas en probar este instinto de destruccion que conduce á Buonaparte hasta á aniquilar las primeras creaciones y los primeros instrumentos de su política, y que mani-

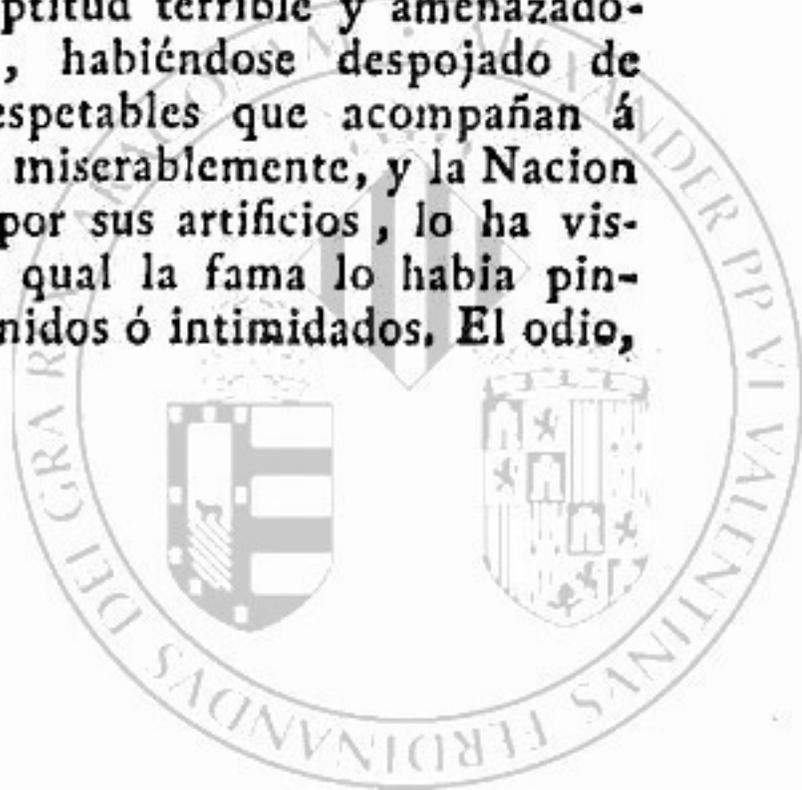


festándose mas cada día en unos trastornos y mudanzas, cuyo fin nadie puede precaver, menos explicar, y cuyo peligro ni aun lo conoce él mismo, observamos ya en las circunstancias extraordinarias del día que llaman la atención del Universo un presagio, si no de la caída inmediata, á lo menos de la descomposición cierta de esta tiranía que ha pretendido ser universal. Mientras que la Nación Francesa animada por el impulso que le dió la revolucion, y engraida con los esfuerzos gigantescos que le produjo ó mandó el despotismo, no ha estado en contacto sino con los Soberanos ó con sus Gabinetes, logró completamente desconcertar su política, y batir sus exércitos. Las combinaciones y aun los esfuerzos de pocos individuos no eran suficientes para deshacer unos proyectos rápidos y extensos que se burlaban de todos los obstáculos, como de todos los principios, ni para vencer una táctica criada por el exceso mismo de la fuerza, y que disponiendo de unas masas enormes, podia con igual rapidez proseguir sus felices sucesos y vengarse de los reveses. ¿Qué mano será bastante poderosa para levantar á las Naciones que yacen destruidas por tantos desastres, y mutiladas por tantas derrotas? ¿Qué voz será suficiente para hacerlas resucitar de su letargo, recordándoles sus derechos ya hollados y abatidos? ¿De dónde podrá nacer esta fuerza que á lo menos debe igualar á la que las postró contra el polvo? ¿De dónde podrán salir estos acentos que á un mismo tiempo deben resonar en todos los corazones y en todas las regiones? Del seno mismo de la sumision y el abatimiento es de donde impetuosa y repentinamente ha salido esta fuerza con tanta rapidez como energía, y desde donde esta voz imperiosa acaba de proclamar la insurreccion de los pueblos. Una Nación es la que se ha levantado para



vengar á la humanidad; y no hay duda, la humanidad será vengada.

Mas un movimiento tal no se suscitara en medio de la consternacion general, si en la circunstancia que la produjo, no hubiese olvidado Buonaparte aun las precauciones mas comunes de la política; y por una de las imprudencias que prueban cuánto ignora la historia de los pueblos, y cuán poco conoce el corazón de los hombres, no hubiera reunido en un solo acto de tiranía todos los incidentes que hieren y lastiman las afecciones, la preocupacion y el orgullo de una Nacion. Aquí se extravió de la senda que seguia, quando obedecia al impulso de la revolucion: aquí niveló su carácter por aquella direccion arrebatada á que ordinariamente ha debido la felicidad de sus empresas. Creyendo que la intriga sola le bastaria para acabar de subyugar á una Nacion á quien habia privado de su Soberano, dexó de mover aquellas fuerzas que no son poderosas sino por la violencia con que precipitan su impulso, por la facilidad con que se prestan á todos los movimientos, y por el peso inmenso de las masas que las componen. El no ha querido presentarse como otras veces, rodeado de todos los aparatos de la guerra, ni ponerse, como casi siempre, á la cabeza de sus legiones: creyó que bastaba su presencia para acelerar el desenlace de la intriga que hace mucho tiempo tenia preparado con toda la perfidia de un Corzo. Así que habiendo desdenado mostrarse en la aptitud terrible y amenazadora de un Conquistador, habiéndose despojado de aquellas exterioridades respetables que acompañan á un vencedor, se descubrió miserablemente, y la Nacion á quien quiso subyugar por sus artificios, lo ha visto tal qual es, y no tal qual la fama lo habia pintado á los espíritus prevenidos ó intimidados. El odio,



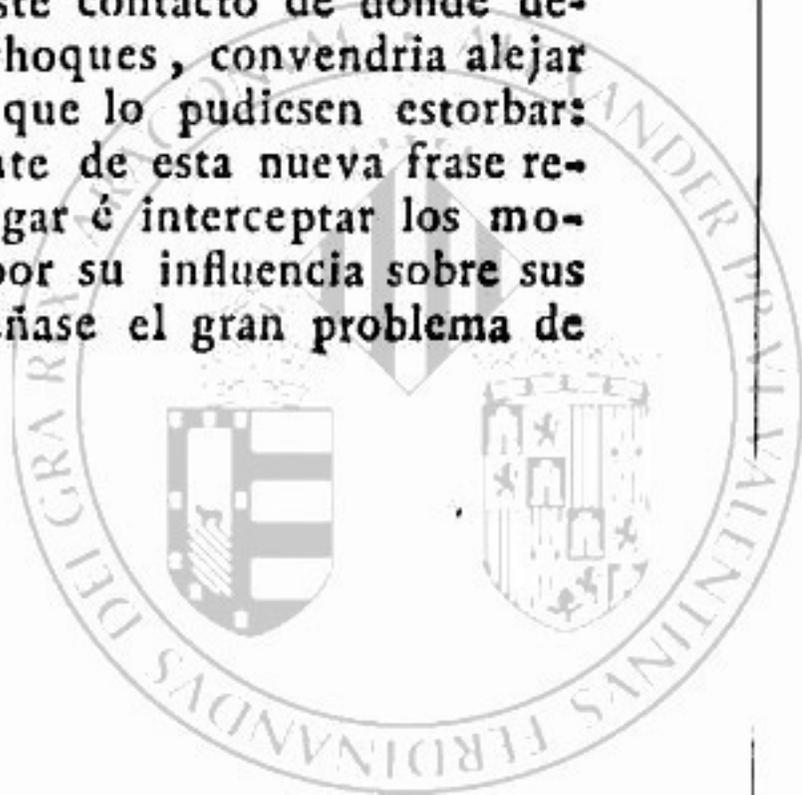
la indignacion, y el desprecio que le han hecho concebir sus abominables intrigas, no se han contenido por el temor, ni debilitado por la sorpresa, y aun admiracion que inspiran una grande audacia y una gran suerte. Estos sentimientos obraron sobre ella con un poder verdaderamente irresistible, y le han arrebatado en un instante, y sin algun plan concertado, á una insurreccion noble que muestra desde su cuna todos los caractéres de superioridad, de efervescencia y rapidez, capaces de desconcertar y desbaratar las tentativas del heredero de la revolucion.

El doblez y la perfidia que forman los principales rasgos del carácter de Buonaparte hace mucho tiempo que florecen confundidas ó enmascaradas con una audacia, mas propia de su situacion poderosa, que de su inclinacion natural; y como estas propiedades geniales se han visto sostenidas por una fuerza formidable, se ha llegado á creer que los trastornos y mudanzas que les deben su origen, han sido efectos de una política tan atrevida como profunda. Los hombres opinan así en general, porque solo juzgan por los resultados, y porque quando advierten grandes catástrofes las atribuyen de ordinario al talento y poder de los que las han manejado. La flaqueza humana, ya sea por las aprensiones que las combaten, ó ya por las preocupaciones que la extravían, jamás atribuye un efecto prodigioso á un principio trivial y miserable. Sin embargo, estudiando la naturaleza, se descubre que está en el órden de las leyes de su armonía emplear medios sencillos para producir los efectos mas extraordinarios, causar la fermentacion por los residuos mas impuros, y que en las alteraciones de la naturaleza como en las convulsiones de la sociedad, el choque de los elementos se excita por la agitacion de las partes mas viles de la organizacion



física y moral. Los revolucionarios valiéndose de una acción esencialmente progresiva, y siempre renovada, debieron obtener y obtuvieron sucesos que los asombraron á ellos mismos, y que ni el talento del hombre podia prepararlos, ni su prudencia preveerlos. Estos sucesos engañaron todas las conjeturas y desconcertaron todos los cálculos de la política, porque se carecia de antecedentes que pudiesen descubrir la naturaleza y poder de unos fenómenos tan raros como sorprendentes. La revolucion que los produjo, se alimentó de todos los obstáculos que se le opusieron, y no solamente allanó á los que querian detener su acción, sino aun á los que quisieron precipitarla. Quando parecia que su principio se habia entibiado ó amortecido, lo vimos reanimarse de repente con una nueva furia, y manifestarse en grandes desastres. En sus diferentes direcciones escogió alternativamente todos los agentes que encontraba análogos con su actividad y naturaleza, precipitándolos hasta el momento en que terminó su afinidad recíproca: entonces los arrojó de su centro, y ó fueron destruidos en su caída, ó reducidos á una nulidad miserable.

Por tanto, para que los esfuerzos que hayan de aniquilarla algun dia sean proporcionados á la fuerza y rapidez de su impulso, es necesario que encontrándose súbitamente en contacto con una Nacion toda entera, oponga ésta una resistencia igual á su acción, levantando masas proporcionadas á las de que ella dispone. Mas para producir este contacto de donde deben resultar tan terribles choques, convendria alejar primero los intermediarios que lo pudiesen estorbar: seria necesario que el Agente de esta nueva frase revolucionaria acabase de fatigar é interceptar los movimientos de las Naciones por su influencia sobre sus Soberanos, y que desempeñase el gran problema de



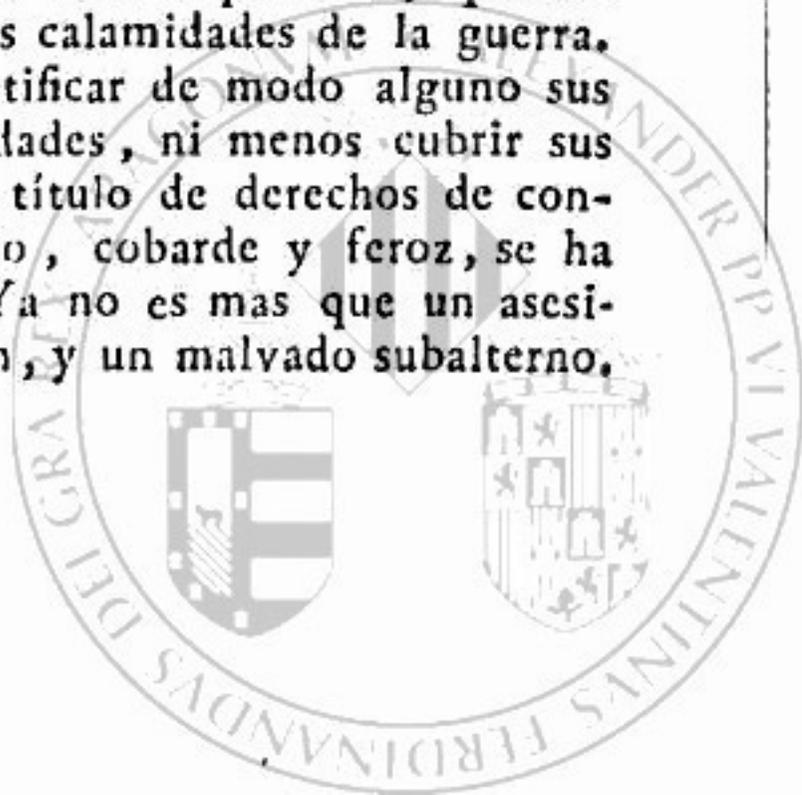
todos los números que retardan su solución.

He aquí lo que acaba de hacer Buonaparte. El mismo es quien por medio de unas intrigas que creía infalibles ha hecho á una Nación braba y fiera á toda la libertad de sus voluntades y á toda la independencia de sus movimientos, quitándoles á un Monarca anciano y á un jóven Príncipe, cuyas desgracias le interesaban tanto mas, quanto que prometian la felicidad á sus pueblos. Mientras se limitó á desconcertar la política añeja y rutinera de algunos Ministros que en las guerras emprendidas contra la Francia revolucionaria, solo veían terrenos que conquistar ó que conservar; mostró siempre una grande superioridad en sus cálculos y combinaciones: mientras que combatió con Generales, que obstinándose en formar planes regulares, no querian tener en consideracion ni la naturaleza de las fuerzas que los atacaban, ni el carácter atrevido y furioso de los Gefes que mandaban estos Exércitos, compuestos de elementos siempre nuevos, destruyó en un dia las reputaciones militares mejor establecidas, y disipó como polvo las tropas mas disciplinadas de la Europa. Hasta aquí solo estuvo en contacto con los Gabinetes, que no permitian á las Naciones proveerse sobre su propia defensa. El mismo desembarazó repentinamente á una de las que tan cruel ó cobardemente tenia sacrificadas, de las trabas que le impedian su vuelo; y quando la creía desorganizada por la privacion de su Gobierno, quando se prometia no encontrar sino esclavos, llenos de susto por las execuciones sangrientas con que preludió (el 2 de Mayo) el establecimiento de su tiranía, se encontró con un enemigo formidable, á quien ni puede atormentar con intrigas, ni intimidar con amenazas, y contra el qual no puede ya emplear su táctica atrevida, porque le ha



opuesto masas mas formidables que las suyas, y animadas de un entusiasmo que perdieron sus tropas despues que sufrieron los reveses á que no estaban acostumbradas.

¡Quán solemne es este momento, y quán digno de fixar la atencion del Universo! Ved por una parte á esta Nacion, que se levanta y camina á pasos largos por la carrera de la gloria. Ella envuelve, subyuga y dispersa á los Exércitos que venian á encadenarla. Ella sigue el alcance á sus reliquias, como á una manada de carneros tímidos y cobardes. Quanto concibe es el fruto de la union nacional que nada puede extraviar ni corromper: quanto executa es el efecto de una fuerza inmensa á que nada puede aniquilar ni descomponer. En dos meses ha hecho cambiar la faz del mundo, ha abierto á los demás pueblos unas prespectivas consoladoras, y esparcido entre ellos una viva emocion que es el alarma de la regeneracion social. Ved por otra parte á este hombre, cuyo nombre llenaba la tierra, despojado ya de los prestigios de la gloria y de la fortuna, y poseido del terror y el asombro ante el Coloso que se levanta contra él: su audacia lo abandona, su política no le ofrece algun medio con que disfrazar su nulidad y paliar su vergüenza; he ahí que á su pesar se halla desenmascarado. Ya no se manifiesta como un Conquistador, á quien los Reyes piden la paz y que parecia ser el Conservador de los pueblos, quando no los afligia con todas las calamidades de la guerra. Ya no puede tampoco justificar de modo alguno sus crímenes con sus prosperidades, ni menos cubrir sus correrías con el especioso título de derechos de conquista. Su carácter pérfido, cobarde y feroz, se ha descubierto enteramente. Ya no es mas que un asesino, un traydor, un ladron, y un malvado subalterno.



Todos los oprobios se han reunido para castigar su orgullo y atrevimiento. Ya le es inútil haber empleado los artificios mas viles, las violencias mas odiosas para atraer á la familia soberana de España, haber acertado en esta obra de iniquidad, y derramado la sangre de un pueblo que habia dispensado á sus Soldados la hospitalidad mas generosa. Todos estos actos de que nadie sino él es el autor, han demostrado bien á las claras su ignorancia, su brutalidad y su baxeza, cubriendo de horror á una Nacion, que sin esta circunstancia se hallaba poseida del sobresalto. Así que quando ha obrado de esta manera por su propio impulso, en lugar de ser un Legislador, ha sido un intrigante, en vez de Conquistador, un ladron, siempre un asesino, y jamás un soldado.

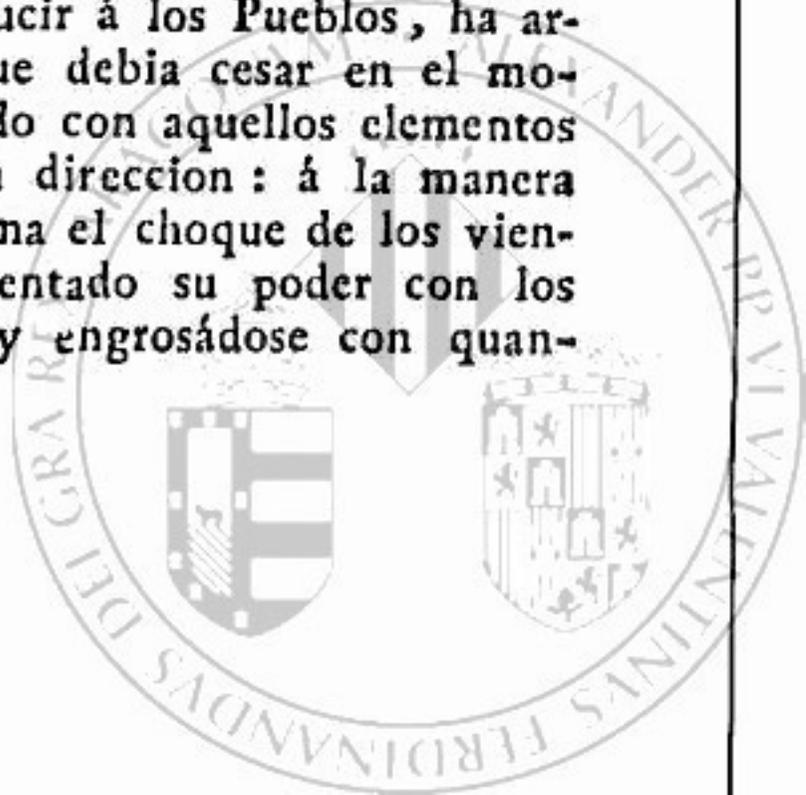
A vista de esto, puede ya graduarse la naturaleza del influxo que ha tenido en todos los trastornos de la Europa, despues que dispuso de las fuerzas que le confió la revolucion. Por donde quiera que las dirigió, empleó su nueva táctica, y consiguió grandes victorias: es verdad: mas quando ha sido necesario fixar sus resultados, su egoismo y su ignorancia lo han extraviado, y sus operaciones se han señalado por una precipitacion loca, y un despotismo ciego. El ha creído que puede fundar los imperios del mismo modo que supo destruirlos: ha introducido en el seno de los pueblos las leyes que dió á Francia, sus medidas violentas, y aun su conscripcion revolucionaria, sin considerar sus disposiciones, sus costumbres, ni aun su situacion geográfica: supone que la fuerza todo lo suple, y que ella sola basta para establecer nuevas Constituciones, y para asegurar nuevas Dinastías. Cree que la consternacion de los pueblos es una señal de su sumision, y su silencio un testimonio de su consentimiento. Hoy mis-



mo les da un Soberano desconocido, les exige el juramento de fidelidad, lo hace proclamar con todo el aparato de la magestad y el poder, sin otro motivo que su voluntad, y sin decir á estos mismos pueblos el por qué les varía de gobierno y dominacion. El no ha conocido por último, que todas estas costumbres que ha quebrantado, y las opiniones que ha sacrificado y ultrajado, debian rehacerse sobre él algun dia, porque para destruirlas se necesita una accion de siglos, y todas las tentativas de una política tan profunda en sus cálculos como invariable en su conducta.

La primera señal de esta reaccion ya está dada: Buonaparte no tiene ya para resistirla los medios de que se valió para provocarla: la irresolucion preside en sus Consejos, y la inquietud en sus Exércitos. El primer revés que acaba de experimentar ha sido completo, le ha hecho dar una caída miserable, y no obstante de que todo le anunciaba que su hermano no podria mantenerse en Madrid, se empeñó con aquella obstinacion ciega que será la causa de su ruina, en que hiciese este viage ridículo, que ha terminado por una fuga clandestina, por un robo y bellaquería despreciable, y por quantos incidentes podian aumentar la aversion de los Españoles hácia la pretendida dinastía del Usurpador, y excitar su furia contra sus soldados.

La segunda tiranía toca ya en su fin, y con ella sin duda acabará de una vez y pronto esta revolucion, que no pudiendo seducir á los Pueblos, ha arrastrado á los Reyes, y que debia cesar en el momento que se viese chocando con aquellos elementos que no pudo vencer en su direccion: á la manera que los torbellinos que forma el choque de los vientos despues de haber alimentado su poder con los obstáculos que encuentra, y engrosándose con quan-



35  
to han destruido, se disipan súbitamente apenas to-  
can á aquel punto de la atmósfera que no corres-  
ponde á su impetuosidad.

El Océano de las Naciones está agitado: las tem-  
pestades rugen, y una nueva era comienza.

---

*Se hallará en la Librería de Miguel Domingo, pla-  
za de la Comunion de San Juan.*

